

## ASPECTOS ESPECIFICOS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA

Por François LOPEZ

No es fácil para quien ha dedicado a cierto período histórico un extenso estudio en que ha vertido todas las ideas y planteado todas las cuestiones que fueron el fruto de largos años de investigaciones y reflexiones, distanciarse de la obra recién acabada para tratar de reconsiderar de una manera más amplia, más sintética, los grandes rasgos de la mentalidad que caracteriza la época estudiada o ciertos grandes problemas de orden político-social o socio-cultural. Cuando me pidió don José Caso González que hiciera una ponencia en este segundo Simposio sobre el P. Feijoo y su siglo, acepté de muy buena gana pero imprudentemente. Porque si no me había planteado problemas en 1973 el extractar de la tesis que estaba yo redactando entonces los elementos de una comunicación de orden muy general para el noveno Congreso de hispanistas franceses (1), cuyo tema fue la Ilustración española e hispano-americana, me he dado cuenta, hace tres meses, después de publicarse mi libro sobre *Juan Pablo Forner y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII* (2), que iba a serme arduo decir cosas nuevas sobre ese siglo XVIII que me interesa desde hace tanto tiempo, abrir perspectivas diferentes, o sea: ir más allá de lo que acababa de formular en la obra de pesada erudición que me había ocupado durante años.

¿Tenía yo el derecho, ya que el libro recién impreso no estaba todavía distribuido, de entresacar de esta obra algunas páginas para some-

1. F. LOPEZ, «L'histoire des idées au XVIII<sup>e</sup> siècle: conceptions anciennes et révisions nécessaires», *Actes du IX<sup>e</sup> Congrès des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur*, Université de Dijon, 1973, p. 116-135. Ha sido reproducido en español el texto de esta ponencia en el BOCES, XVIII, n.º 3.

2. F. LOPEZ, *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Bordeaux, 1976.

terlas, en este Simposio, a la crítica de los mejores especialistas de la Ilustración? ¿No debía al contrario desviarme de las sendas que había trazado o recorrido después de otros para tratar de señalar otras aproximaciones posibles? En esta incertidumbre me encontraba yo en el mes de junio cuando teminaron las clases del año universitario. Afortunadamente, las vacaciones de verano me han permitido leer un libro reciente de José Antonio Maravall: *La cultura del Barroco*, obra magistral, en verdad, cuyos fundamentos metodológicos me han estimulado, y animado a reconsiderar desde puntos de vista diferentes ciertos materiales que yo había ido reuniendo para mi tesis. Enfocar el Barroco como un concepto de época y no ya como un estilo arquitectónico o literario, mostrar los conflictos y los males que durante el siglo XVII habían determinado la existencia de los hombres en toda Europa, pero más aún en España, analizar las características político-sociales de la cultura del Barroco y los elementos de una cosmovisión que en España se mantuvo más tiempo que en los países del norte, captar por fin los recursos de acción psicológica del orden estamental sobre la sociedad, tal ha sido el gran proyecto magníficamente ejecutado por Maravall, siendo todo este conjunto sostenido por una opción historiográfica claramente afirmada desde el principio y que comparten muchos hispanistas franceses e historiadores de mi generación: esto es, que a pesar de ciertas singularidades nacionales obvias, no existen, a pesar de lo que afirmaba Américo Castro, «diferencias abismales en el siglo XVII entre Inglaterra, Francia, España, Italia y Alemania; que España, pese a los juicios pesimistas emitidos por no pocos autores en periodos de grave crisis de conciencia, es parte integrante en cualquier aspecto de Europa y que, si uno quiere olvidar los denominadores comunes de cada época de su historia con la de los demás países de nuestra Europa, corre el riesgo de alimentar todavía esa antigua leyenda negra que ciertos españoles (que podrían ser muy patriotas) han contribuido a forjar por amargura, por exasperación o porque habían heredado una concepción muy errónea del destino histórico de su país.

Vivimos ahora en un momento en que España, legítimamente, puede concebir las mayores esperanzas, y no cabe duda que estas nuevas circunstancias hacen posible mucho más que las épocas de grandes catástrofes tener una visión serena del pasado; no cabe duda que resulta más fácil ahora descartar ciertos mitos, ya gloriosos, ya pesimistas, para instaurar una historia mejor pensada.

Después de este preámbulo muy difuso quizás, pero que les permitirá a ustedes situarme dentro de las tendencias historiográficas de nuestro tiempo, voy a abordar el examen de algunos aspectos específicos de la Ilustración española. Tal ha sido el título, por cierto vago, que he dado a mi ponencia, pero así lo quise para tener la posibilidad de remodelarla hasta el último momento. Las observaciones forzosamente muy someras que pienso hacer sobre este asunto tan amplio

serán dispuestas según un esquema que consta de tres partes, correspondiendo cada una de éstas a un período de la pre-ilustración o de la Ilustración propiamente dicha: primero, las últimas décadas de la España de los Austrias; segundo, los reinados de Felipe V y Fernando VI; tercero, la época de Carlos III.

Es bien sabido hoy, gracias a los trabajos de los historiadores de las ciencias y de la filosofía que fue bajo el reinado de Carlos II cuando empezaron a penetrar en España los primeros elementos de la nueva filosofía: el racionalismo crítico y el método experimental. Y algunos de esos historiadores, como Vicente Peset y López Piñero, no han dejado de aprovechar las recientes aportaciones de la historia económica para mostrar que la renovación del espíritu científico venía acompañando ciertos síntomas de estabilización y de recuperación económica, notables primero en las Españas periféricas y después, a más largo plazo, en todo el país. También se sabe que en el orden económico la deflación brutal de 1680 creó las condiciones del desarrollo económico del que se benefició la centuria posterior y que las dos últimas décadas del XVII han visto esbozarse un nuevo equilibrio político y económico en la península, más favorable en adelante a las provincias forales. Cuando uno lee las obras de Domínguez Ortiz y Pierre Vilar, y cuando tiene en cuenta al mismo tiempo los trabajos sobre la historia de las ciencias y de la filosofía, comprueba sin lugar a dudas que existe una convergencia y una simultaneidad entre la aparición de nuevos proyectos económicos, en Cataluña particularmente, pero también en otras regiones de la periferia, la reestructuración económica emprendida por la Junta de Comercio de Madrid creada en 1679 con orientación mercantilista y colbertista, y manejada con gran tiento por Medinaceli y Oropesa. Queda, pues, bien claro ahora que 1680 fue una fecha de gran significación en España como en los demás países de Europa.

Es decir que las características españolas de lo que Pierre Chaunu, considerando este período globalmente en toda Europa, ha llamado el «*tournant de sagesse*» (3) son hoy bien conocidas. Sólo he de insistir, pues, ahora en ciertos hechos que marcan la vida intelectual de este fin de siglo en algunos ámbitos muy reducidos. El primero y el más importante es la introducción de la ciencia moderna y de la nueva filosofía bien estudiada por Olga Quiroz-Martínez y sobre todo Vicente Peset y López Piñero después de los trabajos pioneros de Ramón Ceñal. Del mismo racionalismo crítico, que marca la renovación de las ciencias médicas, biológicas, químicas y matemáticas, participa el espíritu de libre examen que se revela en los escritos históricos de Nicolás Antonio, particularmente en su *Censura de historias fabulosas*, que permanecerá inédita hasta 1742. Cabe recordar aún que en sus monumentales *Bibliotheca hispana vetus* y *Bibliotheca hispana nova*, el mismo

3. P. CHAUNU, *La civilisation de l'Europe classique*, París, 1966, p. 365.

Nicolás Antonio reúne metódicamente los materiales que permitirán más tarde escribir las primeras historias de la literatura española, empeño muy propio de la Ilustración. Historiadores, eruditos, médicos, juristas, se reúnen por esa época en *tertulias*, donde empiezan a discutirse las teorías nuevas. No cabe duda que un renacer científico en todos los ramos del saber está entonces alboreando en esas tertulias que esperan todavía su historiador. Todo esto, lo repito, está hoy admitido, y López Piñero, en su apasionante libro sobre *La introducción de la ciencia moderna en España*, nos ha dado una buena síntesis enriquecida de notables aportaciones personales sobre el viraje que inician las ciencias en España a fines del XVII. Es oportuno, en mi opinión, juntar a estos datos las primeras manifestaciones de una reacción contra el barroco en el gusto literario y ciertas concepciones nuevas que exponen entonces algunos individuos sobre los estudios y la cultura. Pueden, al respecto, citarse dos textos interesantes. El primero y más antiguo es el que ha dado a conocer Sebold, titulado *El hombre práctico*, una obra de Gutiérrez de los Ríos, tercer conde de Fernán Núñez, publicada al parecer en Bruselas en el año 1680 y en que pueden leerse estas líneas: «Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio, el Taso, Cornelio [o sea, el francés Corneille], Voilo, los Argensolas. Solís y otros griegos, franceses, italianos y españoles, imitadores de la antigüedad en la propiedad, claridad y concepto o sentencia, son los maestros o regla de esta República Poética... en que debemos despreciar toda la oscuridad, equívocos y vulgarismos que en algunos modernos la podrían hacer poco estimable» (4).

Con mucha razón afirma Sebold que es esta obra un claro antecedente de la renovación clásica del siglo posterior.

Unos veinte años más tarde, al empezar el siglo XVIII, emprende el deán Martí de Alicante, eminente humanista y erudito, maestro del gran Mayáns, la publicación de las obras poéticas del poeta erasmiano Fernando Ruiz de Villegas, que encontrara con jubilosa sorpresa en la biblioteca del marqués de Villatorcas. Y añade Martí a esas poesías una «Oración paranética» en que exhorta a la juventud española a que se inspire en el ejemplo de los Nebrija, El Brocense, Vives; a que cultive con renovada afición las letras clásicas para restaurar los estudios griegos y latinos, devolviendo así a España un prestigioso rango en las letras europeas.

Puede verse, además, que en las compilaciones críticas de Nicolás Antonio, ya tributaba el erudito sevillano grandes y sentidos elogios a todos los poetas que habían sabido mantener, incluso en la plenitud del Barroco literario, la propiedad, la claridad, la sencillez de la mejor tradición clásica, tradición que nunca había desaparecido totalmente.

4. Texto citado por RUSSELL P. SEBOLD en su estudio: «Análisis estadístico de las ideas poéticas de Luzán: sus orígenes y su naturaleza», reproducido en *El rapto de la mente*, Madrid, Ed. Prensa Española, 1970, p. 91.

He aquí, pues, algunos indicios del cambio que se trasluce en las letras como en las ciencias a fines del siglo XVII. Por lo que se refiere a las letras, desgraciadamente, hay que reconocer que nuestras informaciones son todavía escasas y que por este motivo un Nicolás Antonio, un Gutiérrez de los Ríos, un deán Martí, se nos aparecen como figuras excepcionales en las postrimerías del Barroco literario. Pero es que se ignoran todavía muchas cosas de la vida intelectual en Madrid y en las provincias en las últimas décadas del reinado de Carlos II. De momento, en efecto, ni siquiera sabemos qué libros se publicaron entonces. En cuanto a las tertulias de letrados y eruditos que he mencionado, sabemos que existieron, y poco o nada más.

Con eso y todo, podemos legítimamente ver en este fin de siglo, pese a los desastres que se producen en la España interior y al tenebroso ambiente de la corte en los años finales del reinado de Carlos II, las primicias de las Luces (palabra que ya está puesta en uso en los años de 1680), promesas acerca de las cuales hay que averiguar si han sido cumplidas realmente durante el largo reinado del primer Borbón. Pasaré, ahora, pues, a la segunda parte de mi exposición.

\* \* \*

Debo decir primero que he aprendido lo bastante en lo que escribieron los mejores historiadores del siglo XVIII español para admitir sin discusión el cuadro positivo que han hecho todos del gobierno de Felipe V, ponderando sus felices tentativas para corregir los efectos del tratado de Utrecht, la concentración de los esfuerzos del poder sobre el restablecimiento interior, la defensa marítima y colonial, sobre el objetivo político italiano; ponderando también la administración eficaz de algunos ministros franceses sustituidos después sin desventaja por ministros españoles, tales como Patiño y Campillo en Marina y Hacienda. Pero es bien sabido que dicha obra de restablecimiento fue muy facilitada por la renuncia a esas posesiones de Europa por las cuales los Habsburgos habían sacrificado a España, por la estabilización monetaria conseguida en la época anterior, por un cambio coyuntural favorable en toda Europa a partir de la década 1720-1730 y, secularmente, por el desarrollo de las fuerzas productivas en interacción con el crecimiento demográfico. Añadiré, por mi parte, que en el dominio de la vida intelectual el balance del reinado del primer Borbón aparece mucho menos positivo. No niego, por cierto, que la fundación de nuevas academias, sobre todo la de la Real Academia española, haya tenido una importancia trascendente. Hace pocos años ha podido Fernando Lázaro tributar un merecido homenaje a la extraordinaria tarea tan rápidamente llevada a cabo por los académicos con el famoso *Diccionario de Autoridades* (5). Asimismo no puedo dejar de tener en cuenta la favorable actitud de Felipe V para con Feijoo

5. F. LAZARO CARRETER, *Crónica del Diccionario de Autoridades (1713-1740)*, Madrid, 1972.

y otros intelectuales de menor mérito. Pero también hay que considerar ciertos hechos y circunstancias que en el orden político-cultural dan una idea menos ventajosa del gobierno del primer Borbón. Mencionaré algunos fácilmente comprobables. La Regia Sociedad de Medicina de Sevilla, a imitación de la cual hubiera convenido multiplicar en España las academias de ciencias deja de desempeñar un papel importante después de 1721. siendo perseguidos y encarcelados varios de sus miembros más eminentes por la Inquisición. Zapata, el autor de *El ocaso de las formas aristotélicas*, es encarcelado en 1721, mientras en todo el país se produce una recrudescencia de las persecuciones raciales y religiosas. Y hay que advertir que ninguna otra academia de ciencias sustituye a la de Sevilla.

La crítica histórica que los eruditos de la generación de Nicolás Antonio habían adelantado notablemente se encuentra ahora prácticamente amordazada. A consecuencia de las polémicas de Juan de Ferreras con el clero de Aragón, un decreto inquisitorial de 1720 sancionado por Felipe V prohíbe, por razón de Estado, publicar cualquier disertación crítica sobre la tradición del Pilar. Además, cuando publica Mayáns en 1742 la *Censura de historias fabulosas* que dejara inédita Nicolás Antonio, le hacen dura guerra el Consejo de Castilla y su gobernador el Cardenal Molina, mientras que la Academia de la Historia ha favorecido por todos los medios la publicación de *La España primitiva* de Francisco Javier de la Huerta y Vega, obra que, según Mayáns, excelente juez en esta materia como en tantas, sólo era «una fábula indecorosa y opuesta a las verdaderas glorias de España». Además el imponente programa cultural del mismo Mayáns, cuya trascendencia ha mostrado Antonio Mestre, este programa, digo, sometido a Patiño, no recibe ningún apoyo. Asimismo los vastos proyectos de la Academia valenciana que prolongan las grandes líneas del programa mayansiano están condenados al fracaso por el único motivo de que no ha querido dicha Academia valenciana someterse a los mediocres mandarines de la Academia madrileña de la Historia. que, por su parte, pese o gracias a sus pocas capacidades, gozaba del real apoyo.

Por otra parte, nada, absolutamente nada se intenta para restaurar y fomentar la industria y el comercio del libro, los cuales siguen agobiados por los antiguos y desastrosos efectos de monopolios aberrantes y de gravosas tasas.

Tengamos presente también que se abandona el proyecto de reforma universitaria de 1713, elaborado, al parecer, por Macanaz. Y el propio Macanaz, que es el mejor ministro que podía tener entonces el país, está alejado del poder, perseguido por la osadía de sus ideas reformistas. ¡Y si no hubiera más que eso...! Pero un apasionante documento publicado hace unos años por Enric Moreu-Rey, *El «Memorial de Greuges»*, revela hasta qué punto los dos primeros Borbones se

enajenaron la buena voluntad de numerosos súbditos de la Corona de Aragón, desperdiciando así la ocasión de tomar apoyo en unos sectores que representaban gran parte de las fuerzas vivas de la nación. El ostracismo que tuvo que soportar un Mayáns no es, pues, como bien lo ha demostrado A. Mestre, un hecho que concierna a unos cuantos individuos; afectó también a amplios sectores sociales, perjudicando gravemente, a mi parecer, el desarrollo de las Luces en no pocos aspectos. Hasta diría yo que estos hechos, hoy bien comprobados, mucho nos enseñan sobre el destino de varias generaciones que fueron, en alguna medida, generaciones perdidas.

En verdad fue Felipe V todo lo contrario de un monarca ilustrado. Basta para convencerse de ello, considerar los retratos nada gratos que algunos historiadores franceses del siglo pasado, un Michelet, por ejemplo, nos han dejado de ese rey dominado por sus mujeres y sus confesores, personalidad poco atractiva y de escasas luces. Quizá sea necesario, pues, poner en tela de juicio esa opinión unánimemente admitida según la cual el cambio dinástico habría contribuido a la promoción científica de España y a su acercamiento a una Europa más adelantada. Los grandes espíritus del reinado de Felipe V se formaron casi todos bajo el de Carlos II: Feijoo, Ustáriz, y algunos más. En cuanto a las ciencias, a la enseñanza, a la cultura, no parecen haber recibido muchos impulsos del primer Borbón, cuyo largo reinado, en mi sentir, en vez de fomentar las luces españolas, las obstaculizó y las retardó. Reconozco que me faltan todavía muchos datos para presentar lo que acabo de formular de otro modo que como una hipótesis de trabajo. El día que dispongamos de buenos estudios sobre la vida intelectual en tiempos de Carlos II y en tiempos de Felipe V, nos será lícito decir si verdaderamente fueron cumplidas las promesas que se veían apuntar en las últimas décadas del XVII. Y si ocurre que mi convicción actual se transforme en certidumbre para todos, nos explicaremos más fácilmente el gran desarrollo científico y cultural que de otro modo sorprende bajo el reinado de Carlos III, teniendo en cuenta los pocos cambios que se habían operado en estos dominios hasta el advenimiento del mejor rey que tuvo España.

Muy necesitados estamos, por cierto, de un gran libro sobre la cultura española del primer siglo XVIII, a todos sus niveles. Si se comprende que los autores de historias de la literatura española (y pienso particularmente en los últimos que han tratado del XVIII: Alborg y Glendinning), si se comprende, digo, que estos autores enfoquen esencialmente (casi exclusivamente) los escritos que revelan una evidente evolución hacia un nuevo gusto literario y artístico (eso que suele llamarse el neoclasicismo), será inadmisibles que en futuras historias—no ya de la literatura, sino de toda la cultura, en todas sus manifestaciones y a todos los niveles— no se haga un detenido examen de las producciones de unos poetas como Porcel, Benegasi y Luján, de unos dramaturgos como Cañizares y Zamora, de unos polígrafos como To-

rres Villarroel, que ni encajan ya en el Barroco ni representan todavía el llamado neoclasicismo. Los estudiosos que han escrito sobre esta época de la literatura española suelen calificarla de post-barroca. Lo cual sitúa esta literatura en el tiempo, pero no nos dice casi nada de los rasgos dominantes de un estilo que ya se aleja mucho del barroco, por más que hayan insistido ciertos autores en ver en él un barroco degenerado, envilecido. Apuntaba Paul Mérimée hace muchos años, en una tesis que sólo ha sido publicada el año pasado —y parcialmente— (6), que el teatro de la primera mitad del siglo XVIII —digamos, para simplificar, el de Cañizares y Zamora— mostraba un desgaste de los valores exaltados por los dramaturgos de la centuria anterior. El hecho es indiscutible. Quien estudia una obra de Cañizares, por ejemplo, el famoso *Dómine Lucas*, tiene que percatarse de la sorprendente diferencia que, en cuanto a la estructura, al lenguaje y esencialmente a los valores y resortes que mueven a los personajes, existe entre cualquier obra de Calderón o de la escuela de Calderón, y esta nueva dramaturgia aburguesada y a menudo ramplona y soez que crea Cañizares. Tengo la impresión de que el cambio mayor que entonces se produce en este arte de masas que es el teatro, se debe a que de pronto cesa el férreo dirigismo que, según ha mostrado Maravall, caracterizó el Barroco. Si no ando equivocado, estaríamos, pues, en presencia de una cultura urbana y masiva como en el siglo anterior, pero no ya de una cultura manipulada y dirigida por el aparato monárquico-señorial. Por eso estoy totalmente de acuerdo con Caro Baroja cuando ve en el teatro de esa época un teatro aburguesado (7). La novedad sería, pues, si comparamos dicha época con la que estudió globalmente Maravall, que ha desaparecido la dirección de las letras y del arte teatral, con lo cual se altera notablemente la imagen que de la sociedad se propone ofrecer a esta misma sociedad. Y como todo cambio social y cultural, a mi ver, se manifiesta primero en el lenguaje, se modifica el lenguaje de los escritores, el de un Cañizares, el de un Torres, y escojo a estos dos autores por ser los más populares de la época. Los recursos de acción psicológica que habían dominado durante el Barroco y que, según Maravall y otros autores, fueron la extremosidad, la suspensión, la dificultad, la oscuridad, estos rasgos se borran, siendo sustituidos por la sencillez campechana, la claridad, la naturalidad, que van a la par con el chiste, la burla y también, no hay que negarlo, cierta chabacanería que no es popular, sino muy de clase media semiculta. Claro que las características del estilo poético del Barroco no desaparecen en el transcurso de dos o tres décadas, pero en los nuevos autores que conquistan el favor del público tengo yo la impresión de que sí se borran, llegando un Torres Villarroel a alabar la sencillez y la naturalidad como lo hacen ya los primeros neoclásicos.

6. P. MERIMEE, *L'art dramatique en Espagne dans la première moitié du XVIII e siècle*.

7. Véanse las observaciones de J. CARO BAROJA sobre «El figurón, la Magia y las creencias supersticiosas» en *Teatro popular y magia*, Madrid, 1974, p. 133-139.

Para terminar con esta segunda parte recordaré que las rápidas observaciones que acabo de hacer se basan sobre todo en impresiones y que hay que aplazar cualquier conclusión hasta que un investigador o un equipo de investigadores hayan realizado el gran trabajo que queda por hacer sobre la literatura (toda la literatura, sin exclusivas) de esa época, siendo el objetivo fundamental de esa labor estudiar las relaciones entre cultura y poder por una parte, y aclarar al mismo tiempo los caracteres sociales de dicha cultura, comparándolos, oponiéndolos probablemente a los de la edad barroca.

Con las reflexiones que someto a los numerosos especialistas aquí presentes sobre el primer siglo XVIII, no me propongo en absoluto rechazar las excelentes cosas que desde hace unos años se han escrito sobre la pre-ilustración. Al contrario, me parece no sólo útil, sino imprescindible este concepto. Por eso he dedicado personalmente un muy extenso capítulo a dicha pre-ilustración en mi tesis sobre Forner, remontando para tratar de captar en su aspecto genético y dinámico las ideas maestras del siglo XVIII hasta las últimas décadas del siglo anterior. Lo que sí quería sugerir era la idea de que el desarrollo de las Luces ya incipientes hacia 1680 hubiera podido recibir muchos más impulsos del poder hasta el advenimiento de Carlos III. Antes de 1759, no ignoro que la administración de Ensenada y la ayuda prestada a los sabios y eruditos por esta relevante figura anunciaban ya la labor plenamente ilustrada de los mejores ministros de Carlos III. Pero, como todos saben, no duró mucho Ensenada. Voy a pasar, pues, sin detenerme más en este período a la época de Carlos III y al florecimiento cultural que conoce España bajo el reinado de su primer monarca ilustrado.

Con la accesión al trono de Carlos III la Ilustración española, en parte sofocada hasta entonces, encuentra de repente sus derroteros. Las reformas pedidas por no pocos españoles desde hace algún tiempo, desde la época de Macanaz cuando menos, llegan por fin. Ya se sabe en España que el nuevo soberano ha gobernado con tino y firmeza en las dos Sicilias. Por eso, y por los motivos que ya indiqué, la expectación es grande, y grandes las esperanzas. En los primeros años de este reinado se emprende la reforma universitaria que intentara Macanaz sin poder llevarla a cabo, van a reformarse los Colegios Mayores después de la expulsión de los jesuitas y dicha reforma aparecerá claramente como la revancha de los muchos hombres de mérito que, siendo simples *manteístas*, han tenido que sufrir la dominación de la todopoderosa oligarquía de los colegiales. En adelante cualquier manteísta podrá concebir las más altas aspiraciones y en este ambiente esperanzador hace su carrera universitaria la generación de 1780: la de Meléndez Valdés, Arroyal, Forner, etc. Saben que con su formación jurídica y las teorías regalistas que estudian en autores nacionales y extranjeros podrán secundar los proyectos del poder regio y ser distinguidos por éste.

Se suprimen ciertas trabas que paralizaban la industria y el comercio del libro, los cuales van a conocer un verdadero renacimiento, aumentando las publicaciones, perfeccionándose las artes del libro.

Una junta, en la que entra a formar parte el benemérito Ensenada, trabaja en la realización del Catastro y estudia el proyecto de única contribución. Empiezan las consultas que han de preparar la elaboración de la ley agraria. Aparecen las sociedades económicas de amigos del país. Se fijan límites a la jurisdicción inquisitorial en materia de censuras. Se fomentan las artes, las letras y alcanza la prensa periódica un desarrollo inaudito. En suma, se cumplen, por fin, tras larga espera, las promesas de la pre-ilustración.

Hecho de trascendente importancia: dejan muchos súbditos de la Corona de Aragón de padecer el ostracismo de que se habían sentido víctimas bajo los reinados anteriores. Muy profundo ha debido de ser hasta entonces el antagonismo entre vencedores y vencidos de la guerra de Sucesión. ya que, cuando triunfan los reformadores y llegan a ocupar importantes cargos muchos aragoneses y valencianos, puede escribir contra ellos un partidario de los Colegiales estas líneas terribles: «¿Y por quién se imputan estos atroces excesos a los colegiales? Falta el sufrimiento: por aquéllos cuyas patrias debieran no haber enjugado aún las lágrimas de su perfidia; por aquéllos que mantienen siempre en sus pechos la emulación y el odio contra los fieles vasallos de la Corona de Castilla y León; por aquéllos cuyas ideas se terminan a debilitar a éstos y a exaltar a sus paisanos, como lo manifiesta el enjambre de ellos que ocupa tanta multitud de empleos de todas clases; por aquéllos que, dejando florecientes sus Universidades, han arruinado las más principales y sobresalientes de Castilla» (8).

Este episodio de la reforma de los Colegios Mayores proyecta pues viva luz sobre dos cosas íntimamente ligadas: los antagonismos provinciales por una parte, y por otra parte la dinámica social y socio-política de la que van a beneficiarse los manteístas, los ilustrados de las clases medias, partidarios del cambio y por lo tanto de un gobierno fuerte, capaz de combatir los privilegios de la nobleza señorial y de la Iglesia. El pasado de España a partir de este momento va a ser estudiado, escudriñado como nunca por el instrumento intelectual y político que se han dado los sectores más dinámicos y abiertos del país: el racionalismo analítico y crítico.

Ahora acaba de constituirse una nueva visión del mundo, la del Ilustrado, que ha ido formándose lentamente desde el siglo anterior a partir del pensamiento racionalista y reformista del Barroco. Ahora es posible ver que entre todos los ramos del conocimiento y la práctica existen denominadores comunes que permiten definir al Ilustrado-tipo

8. Texto citado por L. SALA BALUST en su artículo: «Un episodio del duelo entre manteístas y colegiales en el reinado de Carlos III», *Hispania sacra*, 10, 1957, p. 339.

y oponerlo al hombre de la edad barroca. Un nuevo modo de concebir las cosas se manifiesta en las ideas sobre *el lenguaje*, en la *filosofía*, en las *ciencias*, en la *visión de los problemas económicos y sociales*, en la *religión*, en las *artes*, en las *letras*. En todos los campos del conocimiento y de la actividad humana un afán de purgación general de los antiguos y nocivos desórdenes caracteriza al ilustrado que ve en ella la condición imprescindible de una restauración, de un renacer que necesita el país.

En cuanto al lenguaje, lugar privilegiado para atisbar los cambios sociales. triunfan las opciones que ya expresara en 1680 un Gutiérrez de los Ríos a favor de la claridad, la sencillez, la perspicuidad, cualidades todas que han de estudiarse en los autores antiguos y en los mejores escritos castellanos. Con ello se condena al estilo dominante en la época barroca y en los epígonos del barroquismo literario, estilo que en 1725, en su *Oración en que se exhorta a seguir la verdadera idea de la elocuencia española*, había estigmatizado Mayáns de este modo:

«Muchos piensan que hablar perfectamente es usar de ciertos pensamientos que llaman ellos conceptos, debiéndose decir afectados delirios; procurar vestirlos con frases inventadas, tarceadas éstas de palabras poéticas extranjeras y nuevamente forjadas; multiplicar palabras magníficas sin elección ni juicio, y en fin, hablar de manera que lo entiendan pocos, y a veces nadie, y ni aun ellos mismos; y por eso mismo lo admiran muchos ignorantes».

Ya no imperan, ahora, la extremosidad, la suspensión, la dificultad. Ya pierde su prestigio la palabra culta, insólita, creada para deslumbrar al lector o al oyente. Se adopta una nueva economía del lenguaje, sobria, funcional, en que la palabra ha de ser inequívoca, y privilegiada la cadena evidente de relaciones que acerca el lenguaje de la filosofía, de las ciencias, de las letras incluso al preciso lenguaje matemático. La misma depuración se observa en la filosofía, que es ahora racionalista, analítica, empírica, y puesta en castellano al alcance de todo el público medianamente letrado. Con la reforma de los estudios, se quiere dar el paso definitivo del silogismo de las escuelas —relaciones fijas y mecánicamente ligadas entre conceptos— a la deducción —enlace de verdades intuitivamente conocidas—. En la filosofía y en las ciencias matemáticas y experimentales se descartan las antiguas opiniones para utilizar tan sólo la observación, el análisis, la intuición y la deducción. Y estos instrumentos intelectuales —y políticos— sirven también para la observación y la crítica de los males, de los abusos que perduran en España. Con un lenguaje casi matemático llegará un Forner a preguntar si es aceptable que en una sociedad —la balanza de las riquezas prepondere más hacia la parte que menos las

produce» (9). El cálculo, la medida, el espíritu estadístico, penetran en la historiografía, y aparece una historia económica, la de Antonio de Capmany, que no tiene equivalente en toda Europa y en la que el historiador catalán da el paso del análisis mecanicista al estudio de las interacciones, de las relaciones dialécticas en la historia económica y social. Por la extensión a todas las ciencias de estas ideas-fuerzas lanzadas a la palestra, es mucho más brillante de lo que se ha creído la ciencia española de la Ilustración. La investigación científica de América se hace más intensiva y produce magníficos resultados, como ha mostrado Ignacio Olagüe en unas páginas apasionantes de su obra sobre *La decadencia española*.

También sufren notables cambios el pensamiento y el sentimiento religiosos. Aquí también el deseo de purgación de antiguos desórdenes, de arraigados abusos, de la intensa proliferación de creencias y cultos que había favorecido el Barroco, se manifiesta con vigor. Y en esta marcada tendencia que algo tiene de puritana, han hecho hincapié los integristas católicos del siglo XIX, que tanto fulminaron contra el jansenismo de la Ilustración, sin querer o poder entender que fueron los propios abusos de la Iglesia y las desviaciones de la fe los que habían provocado inevitablemente esa reacción puritana, explicable también por la evolución de la sociedad, por el modo de pensar más racional, por la elevación del nivel cultural de ciertas élites eclesiásticas o laicas.

Por fin es también el espíritu moderno el que hace que los hombres cultos se orienten hacia el depurado clasicismo en las letras y en las artes, que nazca en ellos el deseo de volver a imitar los modelos antiguos y todos los que es posible encontrar en la tradición nacional, en el Siglo de Oro español. Porque al orientarse hacia el clasicismo, los más sagaces ilustrados no copiaron servilmente a los franceses, como han dicho tantos autores, sino que tradujeron sus ansias de renovación cultural, buscando las formas de un arte nuevo para una sociedad que iba evolucionando, y reanudando con una tradición clásica que España indudablemente había poseído en otros tiempos.

El Ilustrado, si me es lícito figurar de un modo tan general y abstracto a un tipo de hombre, es partidario en el lenguaje, en la literatura, en las artes, del clasicismo, al mismo tiempo que es adepto de la filosofía y la ciencia modernas. Es reformista en sus ideas sociales y político-económicas y, por lo que toca a la religión, no disimula sus simpatías para con el jansenismo, reaccionando contra muchas creencias populares, contra la incontrolada proliferación de cultos y devociones, contra cierta imagen, en suma, de una España patética, milagrera y barroca. Si es hombre de fe intacta y profunda, tiene una marcada propensión al ascetismo y a lo que he llamado, a falta de otra palabra más exacta, el puritanismo. Si algo se ha entibiado su fe re-

<sup>9</sup> JUAN PABLO FORNER, *La crisis universitaria. La Historia de España*, Barcelona, Labor, 1973, p. 147, nota 70.

ligiosa, es acérrimo defensor del más radical regalismo y habla con cinismo y desprecio de los abusos de la curia, de los cálculos interesados y de la escandalosa ignorancia del clero de España y de Roma. En algunos casos, estos últimos rasgos, excepto el cinismo, pueden encontrarse incluso en individuos muy piadosos, que no merecen en absoluto la fama de incrédulos.

En suma, en todas las tareas, actividades y modos de pensar del Ilustrado se trasluce una visión del mundo muy homogénea, y cuyos distintos elementos, como he procurado indicarlo rápidamente, están íntimamente ligados, siendo cada uno de ellos como el necesario correlato de los demás.

Lo que acabo de decir sobre el típico Ilustrado, sobre su visión del mundo, no supone que la Ilustración sea una ideología monolítica.

Bien se sabe que si todos los ilustrados coinciden en sus afanes de reformar el país, en su deseo de una menor desigualdad social, en sus requisitorias contra las arcaicas infra-estructuras, las manos muertas, etcétera, pueden observarse entre ellos muy notables divergencias por lo que se refiere al modo de reformar, a los medios que deben emplearse para remediar los males de la nación. La oposición entre partidarios de la centralización y defensores de los usos y costumbres tradicionales de cada provincia, la rivalidad entre golillas y «partido aragonés» son hoy bien conocidas gracias a los trabajos de Mestre, Olaechea, Moreu-Rey y otros. También en cuanto a las ideas económicas existen diferencias, a veces muy profundas entre ilustrados.

Teniendo pues en cuenta estas diferencias y oposiciones, yo sería partidario de definir la Ilustración, no exactamente como una ideología (por más que consista en un sistema de ideas y valores), sino más bien como una cultura, y una cultura condicionada por cierto nivel de instrucción. Podemos leer en las memorias de Juan Antonio Llorente una página muy significativa en la que cuenta el autor cómo dejando a los maestros que le enseñaron el latín y la filosofía escolástica (o sea la vieja cultura), pasó a ser el alumno, por casualidad, de otro maestro que le inició en las ciencias modernas. Este hecho para Llorente no constituyó una progresión en la carrera de sus estudios, sino una verdadera y total mutación que había de determinar en adelante todas sus actitudes, toda su vida intelectual. En suma, entre la «barbarie escolástica», como decían los ilustrados, y la mentalidad moderna había un umbral, un escalón, un fuerte desnivel cultural cuyo paso era determinante. Y no era la primera vez que en la historia de España y de los demás países de Europa podía observarse tal fenómeno. En la época del Renacimiento había sido constante una oposición de semejante naturaleza entre escolásticos rancios y humanistas, oposición claramente declarada por Erasmo en su *Antibarbarorum liber*. Desde este punto de vista, como lo he señalado insistentemente en mi pon-

cia de Dijon y sobre todo en el libro que acabo de publicar, reanuda la Ilustración con otras luces de otro siglo, con el humanismo renacentista. Por eso comparto yo la opinión de Heinrich Freyer, que declaraba: «La época de las luces (el Aufklärung) no es tan sólo este fenómeno histórico de limitado alcance que designamos ordinariamente con esta expresión, sino una de las tendencias de fondo, casi diríamos el *trend* de la historia europea por excelencia».

Sabían de sobra los ilustrados que un hombre inculto o aferrado a otro nivel cultural inferior podía ser un tremendo enemigo. Por eso pusieron tanto afán en las reformas de la enseñanza, en la difusión de los conocimientos. Para los ilustrados las luces estaban en los libros y en los métodos que allí podían aprenderse. Que sepa yo, Capmany fue el único que dio entonces a la palabra «luces» un sentido diferente, escribiendo estas líneas en su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* acerca de la decadencia de los estudios en España:

«Todos estos ejercicios y los estudios puede perderlos en un tiempo una nación y recobrarlos en otro; mas si tiene numen siempre conservará sus luces, que éstas no son prendas adquiridas...»

Fuera de Capmany, vuelvo a decirlo, los ilustrados consideran que las luces, que son a la vez las buenas letras y los conocimientos modernos, deben adquirirse en los buenos libros. Al hablar de umbral, de escalón, de desnivel cultural como condición previa del paso al espíritu ilustrado, ya he iniciado la transición lógica hacia otro punto que cabe subrayar. Es evidente que en una sociedad estructurada como la sociedad española del XVIII eran numerosos y grandes los obstáculos (palabra típicamente ilustrada la de «obstáculos») que se oponían a la difusión de las luces por todo el cuerpo social, siendo el mayor la debilidad numérica de la verdadera burguesía. Esto hizo que la Ilustración no pasó de ser un fenómeno muy minoritario (más minoritario que en las naciones del norte); y esto explica también cómo se creó y acrecentó un desfase entre las infraestructuras que cambiaban poco y las superestructuras (la cultura, las ideas de las élites ideológicas) que evolucionaban rápidamente. Este tipo de desfase acarrea inevitablemente conflictos sociales y suele manifestarse temprano por tensiones no sólo sociales sino culturales.

De lo ya dicho hay que deducir otra cosa: es que la cultural del XVIII en la segunda mitad del siglo sobre todo, considerada en su conjunto y no ya únicamente al nivel de las élites ilustradas, es inevitablemente una cultura de fuertes contrastes. profundamente heterogénea, ya que a la difusión de patrones desde los centros del poder político hacen obstáculo las disparidades socio-culturales, la barrera del analfabetismo, el peso muerto de las tradiciones eclesiásticas y el apego de la masa del clero a otra cultura que le daba un prestigio carismático y garantizaba sus intereses materiales. Si la cultura del Barroco, como bien lo ha puesto de relieve Maravall, alcanza los rincones más apar-

tados y ha de ser, pues, considerada como una cultura masiva, la cultura ilustrada no pudo por razones obvias conseguir la misma difusión.

Por eso se ha empeñado durante mucho tiempo cierta historiografía en presentar el Barroco como algo específicamente nacional, y la cultura ilustrada como una especie de injerto, como una copia ominosa de patrones extranjeros. Visión muy errónea del pasado, que hay que abandonar hoy definitivamente ya que no tiene en cuenta el cambio social y se aferra a un mito tan ingenuo como el de un carácter nacional invariable. Espero que gracias al gran libro de Maravall sobre *La cultura del Barroco* se acabe de una vez con ese mito que tanto ha perjudicado a la sana historia.

Que la cultura del siglo XVIII no es homogénea, bien lo muestra un examen de la masa de las publicaciones de la época, río revuelto en que las comedias sueltas fabricadas en serie en la edad barroca se difunden enormemente, alternando con otras obras del Siglo de Oro valoradas según otros criterios por los ilustrados; río revuelto en que una sub-literatura de viejos libros de caballerías, de romances vulgares, de almanaques, coexiste con obras nuevas al estilo del Siglo de las Luces y gramáticas y artes de bien hablar; en que los tratados de escolástica escritos en latín van juntos con los libros de filosofía moderna o los escritos técnicos; río revuelto en que a los comediones de tantos malos dramaturgos del siglo XVIII empiezan a oponerse las primeras obras de teatro de gusto neoclásico; en que, por fin, las novedades importadas del extranjero van de la novelita rosa y edificante para señoritas y madres de familia, o de las colecciones de sermones a las ciencias exactas y a la tecnología.

Voy a presentar ahora, muy esquemáticamente, ya que va siendo hora de acabar, la producción impresa de los últimos años del reinado de Carlos III, del período 1784-1788, en el cual se emprende la primera bibliografía nacional: *la Biblioteca periódica anual para utilidad de los libreros y literatos*, que procura ofrecer una lista exhaustiva de lo que se imprime en España. Según mis cálculos, los títulos publicados en dicho período quinquenal alcanzan la cifra de 1.200 (mientras que en Francia en el mismo lapso es de 2.285, es decir que la producción en el país vecino es casi dos veces más importante).

Si distinguimos en esta producción global las cinco grandes categorías actualmente en uso: Teología y Religión, Derecho y Jurisprudencia, Historia y Geografía, Ciencia y Artes y, por fin, Bellas Letras, el porcentaje que corresponde a cada categoría es el siguiente:

— Teología y religión:	19,5 %	del conjunto
— Derecho y jurisprudencia:	3,7 %	
— Historia y geografía:	12,1 %	
— Ciencias y artes:	32,7 %	
— Bellas artes:	31,7 %	

La principal lección que conviene sacar de este intento de cuantificación es que, en los últimos años del reinado de Carlos III, las ciencias y artes han venido a ocupar el primer lugar en la producción impresa (como en los demás países de la Europa ilustrada), mientras que en los años 1721-1725, según otro sondeo quinquenal que he realizado en los anuncios de la *Gaceta de Madrid*, los escritos religiosos constituían más de la mitad de la producción global, la cual era entonces muy inferior (271 obras, tan sólo, en cinco años). La producción, pues, del período 1721-1725 al de 1784-1788 ha cuadruplicado y el sector privilegiado en el apogeo de la Ilustración es el de Ciencias y Artes como en Francia, por ejemplo, donde esta categoría de obras, en los años inmediatamente anteriores a la Revolución, representa un cuarenta por ciento de la producción global.

Queda bien claro que España, en el transcurso del siglo, ha colmado gran parte de su retraso inicial en el dominio científico. El interés que se manifiesta por las ciencias la equipara a su muy ilustrada vecina, aunque la difusión de los conocimientos modernos sea mucho más reducida en España. Pero también es indudable que el público lector se ha ensanchado considerablemente. Existe ahora una literatura para niños y adolescentes, novelitas edificantes para madres de familia y la casi única novela española que esté claramente imbuida del espíritu y la sensibilidad de la Ilustración. alcanza la increíble tirada de 70.000 ejemplares. Se trata de *El Eusebio*, de P. Montengón.

Tal es, a grandes rasgos y según mi modo de ver, el perfil secular de la Ilustración española, su nacimiento y evolución, el contenido que a mi parecer tiene el concepto de Ilustración española. A pesar de las diatribas de un Forner, o de otros ilustrados contra la miseria cultural de su tiempo y la plaga inaudita de imitaciones y traducciones, el panorama cultural del reinado de Carlos III, en su última fase, era reconfortante y esperanzador. Esta cultura podría tener como lema el que encontramos en la edición príncipe del libro de los libros, de la obra cimera de la literatura española: el *Don Quijote*: *Post tenebras spero lucem*.

Pero la historia de la Ilustración española fue una historia que terminó mal. La Revolución francesa, las repercusiones que tuvo en España y las guerras que sacudieron entonces toda Europa provocaron bien pronto lo que, echando mano de la célebre fórmula que empleó Claudio Sánchez Albornoz al evocar el principio de la decadencia española, me atrevería yo a llamar «el segundo corto circuito de la modernidad española». Tanto Sánchez Albornoz como Olagüe han dicho que el ambiente que por las ciencias modernas existía en España a fines del siglo XVIII desapareció con el terremoto de la francesada, y añadía por su parte Olagüe que «hasta ahora no ha sido recuperado, ni en el siglo XIX, ni en los días actuales».

Sin embargo, lo que he llamado el segundo corto circuito de la mo-

derinidad española no tuvo todos los profundos efectos, las desastrosas consecuencias en la sociedad y en la cultura que tuviera el primero. Una parte de la herencia de la Ilustración ha sido recogida por los liberales del siglo pasado y del presente. Por eso, nuestras tareas no son de mera arqueología. Aunque mucho ha cambiado el mundo, ciertos combates del Siglo de las Luces por el conocimiento, la sana crítica, la justicia social son todavía para nosotros imprescriptibles deberes de intelectuales responsables.

*Universidad de Bordeaux*